



HOMILÍA

El Señor Jesús ha muerto. Ha muerto por ti y por mi. Por cada uno de nosotros. ***“Que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor”*** (Flp 2, 10). Debemos estar agradecidos a Dios, que a pesar de nuestras flaquezas y desmerecimientos, sigue pensando en nosotros. Nos considera especiales y nos da de nuevo la oportunidad de contemplar a su Hijo, muerto en la Cruz por nosotros. Ha sido torturado hasta la extenuación. Si un crucificado tardaba en morir alrededor de cuarenta y ocho horas, Cristo lo ha hecho en apenas ocho horas, su cuerpo no aguantó más, y en medio de la extenuación humana, sin fuerzas y sin aliento, nos da la mayor de las lecciones de vida que nadie en la historia de la humanidad ha realizado. **Nos enseña a morir por amor y a perdonar a quienes le quitan la vida. ¿Inalcanzable para nosotros?** Con la ayuda del Señor todo es posible en nuestra vida, y esta es la llamada que Cristo desde la Cruz quiere hacernos hoy. Demos ese paso al frente, **seamos capaces de arriesgar como lo hizo Cristo y con fidelidad y obediencia vivir nuestro discipulado.** No seamos cómodos de quedarnos instalados en nuestra vida, en nuestra realidad, con nuestras propias justificaciones personales que nos hacen estar tranquilos porque nos auto-convencemos de que estamos en el camino y haciendo lo correcto. Siempre podremos hacer algo más. Nunca es suficiente en cuestión de amar y perdonar. Es cuestión de comprometernos y entregarnos a los demás olvidándonos de nosotros mismos.

- **Lo fácil es** como hizo el Sanedrín con Cristo: “Conviene que muera uno antes que todo el pueblo”, para así justificar una mala acción interesada porque así se quitaban el problema de Jesucristo. Y todo se cocina en la oscuridad, en las tinieblas.
- **Lo fácil es** agarrarse a la ley que hace que miremos a los demás escrupulosamente y que seamos duros a la hora de juzgar
- **Lo fácil es** poner como norma y estilo de vida las costumbres que ya han perdido el interés por lo novedoso y se han convertido en una rutina de ritos y símbolos, de una vivencia de la fe que no compromete.
- **Lo fácil es** defender lo de siempre, lo que hasta ahora venimos haciendo porque lo que se sale de ahí nos empieza a complicar demasiado y además nos saca de nuestra zona de confort.



- Es por esto que en este Viernes Santo nosotros nos preguntamos cuándo caemos en estas actitudes del Sanedrín:
 - o **¿Cuándo justificamos nuestras acciones y palabras?**
 - o **¿Cuándo somos exigentes con los demás y transigentes con nosotros mismos?**
 - o **¿Cuándo acomodamos el Evangelio y la vida de fe a nuestras conveniencias e intereses particulares?**
 - o **¿Cuándo rehusamos el compromiso y nos dejamos llevar por la comodidad, la vergüenza, el falso respeto humano?**

Y tampoco pasemos por alto **la actitud del pueblo** a la hora de gritar: “¡Crucificalo!”. Unos días antes lo aclamaban como Mesías, como el Salvador, reconociendo sus signos por los milagros que hacía el Maestro, y escuchándole con admiración: “¡Nunca hemos conocido a nadie que enseñase con tanta autoridad!”. Y ahora también ellos son los que gritan también la sentencia del Sanedrín.

¿Dónde está su identidad? ¿Dónde queda el sentido de la justicia? ¿Dónde ha quedado ese sentido de pertenencia a la hora de buscar y desear estar con Jesús? ¿Fue tan solo una relación interesada? Estas mismas preguntas también nos las hacemos a nosotros mismos en esta tarde de Viernes Santo, porque como creyentes:

- **¿cuántas veces buscamos a Dios y vivimos nuestra fe de una manera interesada?**
- **¿Cuántas veces no nos sentimos identificados con el Evangelio o lo rechazamos en nuestro interior?**
- **¿Cuántas veces no somos justos en el trato con los demás?**

Es entonces cuando también nosotros estamos gritando: “¡Crucificalo!”. Es entonces cuando también nos convertimos en cómplices al consentir que esta injusticia siga realizándose en nuestras vidas porque no ponemos a Dios en el centro, porque camuflamos la verdad acomodándola a nuestros intereses particulares, aunque eso suponga incluso pasar por encima de las personas.

En esta tarde de Viernes Santo estamos obligados también a **revisar nuestro propio pecado de omisión, reflejado en la figura de Poncio Pilatos**. Él prefirió lavarse las manos y no complicarse la vida para quedar bien con Roma y con los judíos. El pecado de



omisión no es sólo dejar de actuar ante situaciones injustas que comprometen nuestra vida, sino también **dejar de buscar** porque preferimos emplear nuestro tiempo en el ocio, en la televisión, en las redes sociales... y el tiempo se nos va en muchas ocasiones en no hacer nada. El pecado de omisión es también **dejar de formarnos**, pues somos conscientes de la importancia de una formación integral profunda y seria, y nos conformamos con una formación parcial que nos instala y estanca pues ya hemos alcanzado nuestras metas particulares dejando a un lado las metas comunitarias y los nuevos retos que la Iglesia nos propone como creyentes. Pecado de omisión es también **abandonarnos en la oración y dejar de profundizar en nuestra fe, en el conocimiento de Dios**, argumentando que no tenemos tiempo. ¿Tiempo para qué? Sobradamente sabemos todo que tenemos tiempo para lo que queremos. Pues nos acaba de llegar el momento de la verdad: el de dar un paso al frente y coger con Jesús la Cruz, o quedarnos estancados en nuestras cosas. Pilatos lo tuvo claro, no me complico, mejor que decida la masa social con su veredicto público. Es más complicado caminar contracorriente y quedarte solo.

Así se quedó el Señor Jesús, sólo, **abandonado por sus discípulos**. Los que habían compartido con Él la vida, la mesa, el caminar, los cansancios... fueron los primeros en traicionarle, negarle y salir corriendo para salvarse ellos. **¿Miedo como Pedro al negar a Cristo y los demás discípulos al huir? ¿Decepción por un proyecto que no respondía a sus expectativas, como Judas? Ellos también hablaron en Getsemaní y en el pretorio:** Huyeron porque **el cáliz** que acababan de beber con Jesús una hora antes **no era de su agrado**, les exigía demasiado. Correr la misma suerte que Cristo cuando todo viene de cara a los discípulos les resultó mucho más fácil que cuando la situación se complicó. ¡Cuántas promesas hechas a Dios que se han quedado en palabras! ¡Cuántas buenas intenciones que no hemos llegado a realizar! ¡Cuántas veces hemos querido quedar bien por encima de todo sin importar lo correcto o lo justo!

Son en estas situaciones donde también **nosotros hablamos como los discípulos con nuestra no presencia, no fidelidad, negando a Dios en nuestro entorno o simplemente callando** para no señalarnos, para no destaparnos ante los demás.

Y Jesús carga con su Cruz. Por todo esto no se detiene, sino que al contrario la abraza más fuerte y camina con un paso mucho más firme. Para mostrarnos el camino. Y sí hermanos, **el camino pasa por la Cruz, la salvación pasa por la Cruz, la fidelidad a Dios pasa por la Cruz** que es “escándalo para los judíos y necedad para los gentiles” (1 Cor 1, 23). Y nosotros



queremos que la Cruz sea nuestro sentido de vida, porque nos ayuda a superar las dificultades, a aceptar lo que la vida nos trae y a dar sentido a nuestro dolor, nuestros sufrimientos, nuestras penas. Y no sólo eso, sino que además Cristo te dice: “Soy tu Cirineo. No eres tú quien lleva tu cruz, sino que soy yo quien la carga”. Y, ¿qué podemos decir? Sólo contemplarle muerto y decirle: “¡Gracias, Señor! ¡Gracias Jesús!”

Pero no conforme con esto además nos tiene preparado Jesús **un regalo muy grande: A María, que nos la da como Madre.** Y es ella misma la que junto a Jesús nos da a todos la mayor de las lecciones de vida y de fe. La mujer del “Sí” que no solo está al pie de la Cruz sino que nos acepta a todos como hijos. **Es ella quien se convierte en nuestro consuelo en medio de su dolor,** con esa espada que le atraviesa al corazón y que mira a Dios al cielo con la mayor de las esperanzas y de la fe, que se arma de valor para contemplar el mayor dolor humano: ver a morir a su hijo injustamente, y a la vez señalarnos al Padre que hace su voluntad y que ha permitido que Cristo, el grano de trigo, muera para dar mucho fruto. Y ella **es la primera testigo de esta promesa que se ha hecho realidad y la primera también que nos quiere iluminar para que aprendamos a dar sentido a nuestros sufrimientos, a nuestras penas y dolores.** Y por eso en esta tarde de Viernes Santo también te pedimos, Madre buena, que nos ayudes a adorar la Cruz, a besar a tu Hijo Jesús que ha muerto por nosotros para que seamos fieles como tú y confiemos en Dios como tú aunque no entendamos nada.

Santa María, Madre de Dios y madre nuestra, ruega por nosotros.